



**PARA
UN CUTIS
DELICADO
EL
TRATAMIENTO
DE...**

LANCASTER

EN SU NUEVA PRESENTACION

**LAIT LOTION
HYDRATANT TONIQUE 4.º**



**JUVENILE
SKIN**

**Limpiar Tonificar Nutrir y
proteger**

Arrête la marche du temps.

LA política internacional aparece estos días más complicada que nunca; y es que va volviendo a ser política; esto es, astucia, inteligencia, análisis de situaciones, aprovechamiento de posibilidades. La política es una dinámica. Hasta hace poco tiempo era simplemente una película de «buenos» y «malos», con los campos de influencia claramente delimitados —la definición de «buenos» y «malos» correspondía, naturalmente, a la óptica y la geografía del espectador— que convertían la política en un combate, a veces con sangre, siempre con una amenaza inminente de gran desastre. Los movimientos de los estadistas trataban exclusivamente de fortalecer sus alianzas, de establecer firmemente la división del mundo. Más claramente: la política se hacía con vistas a una guerra que parecía inevitable, y los prohombres de cada uno de los dos bloques trataba de asegurar sus fuerzas para el gran enfrentamiento. En nuestros días, la política trata de establecer el mundo para la paz, en lugar de para la guerra: esta es la gran diferencia. Para una paz posiblemente larga, posiblemente jugosa y rica. Esto no quiere decir que la paz esté ya asegurada, que sea un concepto definitivamente implantado en el mundo: solamente se trata de una posibilidad. Pero ya es bastante. Hace unos años, muy pocos, tal posibilidad apenas se sospechaba. Para que sea una realidad es preciso franquear un nuevo paso, conseguir una nueva etapa, otra definición del concepto de la paz. Hasta ahora la tenemos por lo que se llama «equilibrio del terror». Es decir, el reflejo de miedo que cada una de las grandes potencias atómicas tiene respecto de su enemiga, y el horror de las poblaciones del mundo, comprometidas o no (y siempre que están comprometidas lo es a la fuerza) hacia una guerra que significaría su destrucción. El «equilibrio del terror» ha sido una fuerza positiva en el mundo, y lo sigue siendo aún: su punto máximo se produjo, como tantas veces se ha escrito, en la famosa crisis del Caribe y a partir de ese momento la tensión internacional comenzó a reducirse. Pero, ¿ese equilibrio del terror es una garantía suficiente? No, indudablemente. La paz no puede ser nunca un subproducto del miedo. Mientras lo sea, no será constructiva. Las grandes potencias seguirán razonablemente dedicando a sus presupuestos de guerra cantidades inmensas de esfuerzo colectivo, la suspicacia seguirá instalada y el equilibrio del terror podrá romperse en algún momento. La etapa a la que hay que llegar es a la del «equilibrio del bienestar». Muchos pensadores, muchos observadores de nuestro tiempo creen que esto será imposible; aducen para ello ejemplos históricos, en los que siempre ha tenido validez la famosa frase derrotista según la cual «la paz es un período entre dos guerras». Pero es un error, continuamente desenmascarado por los hechos, suponer que el hombre es un ser instalado en un módulo mental, incapaz de variar ni de modificarse. Una de las virtudes de la Historia es la de su ejemplaridad negativa, esto es, la de enseñarnos todos los errores pasados, todo lo que se ha hecho mal y no se puede volver a hacer. El materialismo histórico y el determinismo se suelen confundir con el fatalismo, y no es cierto. Enseñan precisamente que la Historia evoluciona en un sentido posible, y esta evolución la aparta de la repetición, doctrina que va también contra una frase hecha: «La Historia se repite». (Cuando trata de repetirse «se caricaturiza», decía Lenin.) Nada es imposible para el hombre. Ni siquiera la paz.

CUANDO De Gaulle propone un nuevo replanteamiento de las Naciones Unidas está advirtiendo que esta evolución del mundo se ha producido ya y que las antiguas estructuras no sirven. La propuesta del general-Presidente encierra una audacia que en su oratoria peculiar fue curiosamente matizada. Cuando el viernes de la semana pasada habló ante la prensa mundial, dijo que la refundición de la O.N.U. habría que hacerla mediante una reunión en la que estuvieran representados Londres, París, Moscú, Washington... (el general hizo una pausa) y Pekín. Hace muy poco tiempo, China —la China comunista— trataba de ingresar en las Naciones Unidas y Francia votaba en contra. Ahora Francia propone no solamente que ingrese, sino que forme parte de una gran conferencia de lo que se llamaron en tiempos «los cinco grandes» para reformar las Naciones Unidas. Horas después, Johnson recogía la iniciativa reformista del general De Gaulle y la aceptaba, aunque se guardaba muy bien de hacer la menor alusión a China, comunista o no comunista. La idea de que la O.N.U. no sirve está en el ambiente. La propuesta del general De Gaulle es positiva. Relativamente positiva. Aquellas cinco grandes potencias que se reunieron para redactar la magnífica pero inútil Carta que se promulgó el 24 de octubre de 1945 acababan de ganar una guerra y tenían el mundo más o menos en sus manos: representaban la victoria y representaban también la fuerza. Se encontraban con un derecho adquirido para gobernar el mundo. Lo hicieron

EL "EQUILIBRIO DEL BIENESTAR" FUTURA ETAPA DE LA PAZ

muy mal. La O.N.U. fue un instrumento de guerra fría, un campo de combate e incluso una fuerza de combate como se demostró en Corea y se ha repetido, con más o menos fortuna, en otras zonas del mundo y precisamente esta decisión de crear unas fuerzas armadas ha llevado a la O.N.U. a su actual crisis. Cada uno de aquellos cinco grandes ha evolucionado en estos veinte años transcurridos, unos radicalmente, como China; otros moderadamente, como Estados Unidos. La U. R. S. S. de hoy no tiene nada que ver con la de Stalin. Ni el desarrollo del mundo ni la aparición de nuevas naciones, ni la modificación de la población mundial y de las relaciones de producción y capital en el mundo de Occidente tienen nada que ver con la posguerra pasada. Una reunión de cinco naciones, por grandes que sean y muchos y muy elevados sus recursos económicos y bélicos, no puede ser más que parcial y desequilibrada. Esta idea procede de la concepción aristocrática del mundo que tiene De Gaulle. La nueva estructura de las Naciones Unidas sólo podría hacerse mediante la aportación a ella de otros muchos países que tienen peso en el mundo. Las naciones europeas, las naciones hispanoamericanas, el enorme mundo hambriento al que llamamos pudorosamente «subdesarrollado» o, con más hipocresía aún, «en vías de desarrollo», puede difícilmente conformarse con un reparto del mundo entre los cinco grandes, aunque aparentemente cada uno pueda aparecer como representado en esta reunión por un «hermano mayor». Repito que la propuesta de De Gaulle es positiva porque es realista; pero no por ello deja de ser parcial. Teniendo en cuenta la aceleración de la Historia, hay que pensar que si la O.N.U. anterior sirvió para veinte años, la nueva serviría para diez, o para cinco. No deja de ser un paso hacia adelante. Pero sólo un paso. Claro está que para una participación de todo el mundo en esta estructuración ya tenemos la Asamblea General, que puede convertirse en constituyente y crear nuevos estatutos. Se dirá que esto es no salir del círculo vicioso porque la idea general se perdería en proyectos múltiples, en discusiones interminables. Esta objeción procede de quienes creen que las discusiones son un mal. Las asambleas no pueden ser más que eso: reuniones de exposición de ideas, argumentos y controversias en busca de una solución. La paz nunca es el fruto de un congreso mudo, generalmente enmudecido por el miedo o, lo que es mucho peor, por el soborno.

ITRA prueba de la dinámica política de nuestros días, de la permeabilidad de un mundo que estaba dividido en compartimentos estancos se produjo en el fin de semana pasado al mismo tiempo que De Gaulle hacía su propuesta: el establecimiento firme de la idea de que los dirigentes soviéticos y de Estados Unidos van a visitarse mutuamente. Será la primera vez que un Presidente de los Estados Unidos pise territorio comunista después de la última guerra. Pero también el sábado fue el primer día en que un primer ministro soviético, acompañado de una delegación ministerial de primera magnitud, pisaba territorio chino después de haberse iniciado el gran cisma. Era una escala en el asombroso viaje a Hanoi, que algunos han visto como un intento ruso de quitar la hegemonía a China en el sudeste asiático. Quizá entre los que lo han visto así están los dirigentes americanos, que no han tronado contra ese viaje en sus

Por **EDUARDO HARO TECGLÉN**

habituales órganos de propaganda. Se ha hablado, incluso, de que la U. R. S. S. esté buscando una mediación en el conflicto que enfrenta a los Estados Unidos con el Vietnam, y que no tiene más solución que la negociada. La escala en Pekín demuestra, al menos, que Kosyguin y su misión no quieren entrar en Asia más que por la puerta de Pekín, y que no harán nada que pueda herir la susceptibilidad china, que está ahora a flor de piel. La coincidencia del viaje a Hanoi de Kosyguin con la de un enviado especial del Presidente Johnson —Bundy, cuarenta y seis años, secretario general del Consejo Nacional de Seguridad— hace pensar que nos estamos acercando hacia el final en el conflicto que ensangrienta aquel país, y que la coexistencia Este-Oeste podría extenderse en un plazo más o menos próximo a Asia. Tomando el asunto muy por arriba, muy en sus líneas generales, todo este movimiento y estas entrevistas y viajes futuros nos devuelven, como decía en las primeras líneas, a la verdadera política dinámica y constructiva, a la permeabilidad del mundo, a la ruptura de las grandes murallas. Muchas naciones del mundo lo han comprendido así, y los programas de los jefes de Estado y de Gobierno están ya a estas horas cubiertos de viajes por hacer y de invitaciones por cursar.

IY algún drama por no haberse incorporado a este paso del mundo, a esta nueva permeabilidad de la Historia, como es el drama de la República Federal Alemana, que se encuentra en estos momentos al borde de la ruptura con el mundo árabe por el hecho de aplicar una doctrina envejecida, la llamada «Doctrina Hallstein», que implica que automáticamente Bonn debe romper sus relaciones con todo aquel país que establezca lazos con la República Democrática Alemana. Nasser ha invitado a Ulbricht a El Cairo, y Alemania Federal tiene que aplicar las medidas de represalia. Cuando esperaba que sus paternales protectores de Occidente, y especialmente los Estados Unidos, condenasen a El Cairo, se ha encontrado con que el Senado americano rechazaba la petición del Congreso de retirar ciertas ayudas económicas a la R. A. U., y que el Presidente Johnson era también contrario a la retirada de esas ayudas «porque iría contra el interés de los Estados Unidos». Es una aventura que ya le sucedió con Yugoslavia: su ruptura de relaciones con Belgrado no supuso ninguna presión conjunta, ningún movimiento de solidaridad, por parte de sus aliados. La situación alemana es dolorosa y sin salida real. Si acepta que las naciones no comunistas vayan reconociendo el régimen de Pankow, puede despedirse de sus sueños de reunificación. Si no lo acepta, va perdiendo cada vez más mercados, más amistades. Toda su política está alienada por este problema. Erhard se ve obligado a ceder continuamente ante De Gaulle, por miedo de que Francia llegase a reconocer a la Alemania del Este. Este es un ejemplo típico de un país creado y sostenido artificialmente por la guerra fría, que no encuentra postura cómoda en la nueva situación.